

*Al orden tecnoeconómico concierne la organización de la producción y la asignación de bienes y servicios. Forja el sistema de ocupación y estratificación de la sociedad y supone el uso de la tecnología para fines instrumentales. En la sociedad moderna, el principio axial es la **racionalidad funcional**, y el modo regulador es **economizar**. Esencialmente, economizar significa eficiencia, menores costes, mayores beneficios. maximización, optimización y otros patrones de juicio similares sobre el empleo y la mezcla de recursos. Se comparan los costes con los beneficios, que habitualmente se expresan en términos monetarios. La estructura axial es la burocracia y la jerarquía, ya que estas derivan de la especialización y la fragmentación de funciones y de la necesidad de coordinar actividades. Hay una medida simple del valor, a saber, la utilidad. Y hay un principio simple de cambio, el principio de la productividad, o sea la capacidad para sustituir productos o procesos por otros que son más eficientes y rinden mayor beneficio a menor coste. La estructura social es un mundo cosificado, porque es una estructura de roles, no de personas, lo que se expone en los documentos organizativos que especifican las relaciones jerárquicas y de funciones. La autoridad es inherente a la posición, no al individuo, y el intercambio social (en las tareas que deben ser ensambladas) es una relación entre roles. La persona se convierte en un objeto, o una "cosa", no porque la empresa sea inhumana, sino porque la realización de una tarea está subordinada a los fines de la organización. Puesto que las tareas son funcionales e instrumentales, la administración de la empresa es, primariamente, de carácter tecnocrático.*

Daniel Bell

Prof. ANGELA CALVO DE SAAVEDRA
 Filósofa
 Universidad Javeriana

LA MODERNIDAD EN SUS DESPLAZAMIENTOS*



a experiencia de la modernidad está enmarcada en la idea de novedad, de diferenciación radical con toda remisión a lo antiguo; sin embargo, lo nuevo lo constituye la comprensión del mundo desencantada, despojada de dioses, verdades, normas y formas de vida absolutas, universales y necesarias en tanto emanadas de poderes inhumanos.

La nueva conciencia de época es de "época pensada", esto es, diseñada, proyectada por los hombres. La modernidad encara la tarea de autocercioramiento, de proponerse para sí y desde sí una normatividad, un horizonte de sentido que haga inteligible y justificable la relación del hombre con la naturaleza, con los otros y con su propio mundo interior. Se trata de la tarea de "pensar el presente", pero, es preciso preguntarnos qué es lo que da que pensar: la hipótesis es que la inquietud-eje es la identidad, abierta en tres dimensiones, a saber, la voluntad de verdad (la pregunta por el fundamento del conocimiento), la voluntad moral (la cuestión de la legitimidad de las reglas de convivencia) y la voluntad estética (la inquietud por una vida personal que valga la pena ser vivida). El mundo mismo se torna político, es decir, deliberativo, constructivo y terapéutico, y el pensar se sintetiza en la búsqueda de fundamento.

Ahora bien, en la crisis de la modernidad –más como condición que como teoría– perdura la pregunta moderna, persiste la tarea de pensar la época, pero asistimos a su desplazamiento, a su metáfora, a su trasteo; hay una reiteración, un pliegue de lo mismo hacia la diferencia de la pretensión de fundamentación a la ubicación en la contingencia. La identidad se dispara del mito del personaje autónomo, sugiere más bien la vivencia de carácter fugitivo de la idea de Yo, en tanto en cuanto es ilusoria su pretensión de conocer, de gobernar y de ser su propio proyecto.

Es en el ámbito del discurso económico y administrativo donde se hacen más patentes las pretensiones-ilusiones, los mitos que las sustentan y, sobre todo los chances para apostar a la luz del reto del pensar tal como lo formula Foucault: "¿Qué es hoy la actividad filosófica sino el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo?"

* Conferencia escrita para un encuentro de profesores de las Facultades de Filosofía y Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Javeriana.

¿Y no consiste, en vez de legitimar lo que ya se sabe, en emprender el saber cómo y hasta dónde sería posible pensar distinto?"¹. Se trata de perseguir este vector en la vida cotidiana, en la manera de abordar problemas, en la capacidad de desplazarse desde el centro de las convicciones hacia la periferia, vulnerabilizarse, abrirse, abandonar los cauces y afrontar la deriva como condición de posibilidad de existencia en un momento de crisis. Así, el tema que nos convoca los podemos llamar muy convencionalmente el compromiso de la racionalidad, y la propuesta de abordaje es a partir de la explicitación de tres metáforas que expresan el giro de la modernidad sobre sí misma.

DE LA ARGUMENTACION A LA CONVERSACION

La figura, el artefacto que la modernidad construye para pensar el ámbito de la razón autónoma es el individuo, paradoja imposible en que se piensa la existencia como mónada aislada y autosuficiente y como espécimen, expresión y representación de la humanidad. Es el Yo separado de sus papeles sociales, despojado de la fragilidad de su pertenencia a un contexto, a una perspectiva y erigido en posibilidad siempre presente de ser otro, en virtud de la autoconciencia racional entendida como capacidad para *argumentar*, justificar, una vida coherente, válida, inmortal.

Se trata de un Yo no identificado, cuyos juicios carecen de criterio, Yo abstracto, ajeno a compromisos, habilitado para la neutralidad, para elevarse sobre toda particularidad, democratizado en tanto desdibujado. La paradoja es que precisamente esa figura fue pensada como sólida, garante suficiente de la neutralización de los conflictos entre la esfera de lo privado y la de lo público; la trampa de la razón aquí consiste en que realmente, ante la imposibilidad de concretizar esta pretensión de autonomía, fue preciso inventar tres personajes² o papeles sociales centrales que definen los cánones de interpretación de la acción de quienes los representan y se convierten en modelo, arquetipo cognitivo y moral de la acción de los hombres. Son representantes morales de su cultura –de suyo, lo específico de cada cultura es la galería de sus personajes– porque en ellos las ideas asumen existencia corpórea, son como personas, simplemente representantes de ideales sociales, legitimadores de una forma de existencia.

1. Michel Foucault. *Historia de la sexualidad*. T. 2 Introducción. S. XXI, México, 1986. p. 12.

2. Cfr. Alasdair MacIntyre. *Tras la Virtud*. Ch. 6. Cátedra, Madrid, 1991.

Los tres personajes de la modernidad –sus ficciones de identidad autónoma– son el rico esteta, el terapeuta y el gerente. Para los efectos de la temática que estamos manejando, nos centraremos en el tercero que sin duda es el dominante, en el mundo de las organizaciones, de las estructuras burocráticas que amenazan con sobrepasar a sus propios constructores. El meollo de este artificioso sujeto está en su habilidad para dirigir recursos humanos y no humanos hacia la productividad, en forma eficaz; su responsabilidad no está en el terreno de los fines, sino en el de la adecuación de los medios para alcanzarlos, es eminentemente técnica; esta peculiaridad lo exonera del debate moral, se ve y es mirado como figura incontestable, restringida al ámbito donde lo racional es posible, reino de los hechos, del cálculo, separado de toda emoción, de toda contaminación de contingencia, enseñado a manejar como totalmente separadas las dos esferas de la vida, la organizativa de fines inexorablemente racional y, la personal, marcada por el debate infinito sobre valores, ajeno a toda posibilidad de solución racional de problemas y conflictos.

La importancia de la ficción moral es que crea la ilusión de un puente –imposible– entre autonomía individual y deber; el gerente parece el más proclive a creer que ha salvado con su forma de vida la disociación y ello, en virtud de su poder entendido como eficacia en el control de algunos aspectos de la realidad social (administración). Lo significativo es señalar que la eficacia es un elemento definidor y definitivo de un modo de vida, en el cual maquinar es manipular sujetos por autoridad. Obviamente, legítimo argumentativamente por su aval en un saber, en una pericia, articulación de un conocimiento fundante y una destreza para aplicarlo a situaciones concretas. Pero, ¿existe tal conocimiento en el caso del administrador?, ¿cuál sería? La pregunta es suficientemente seria como para intentar responderla en forma tajante, más bien hay que precisarla para pensarla con más cuidado: se trata de asumir que el uso del concepto pericia gerencial supone presunciones de conocimientos por medio de los cuales pueden moldearse las organizaciones y estructuras sociales, esto es, generalizaciones factuales a modo de leyes que permiten planear y predecir.

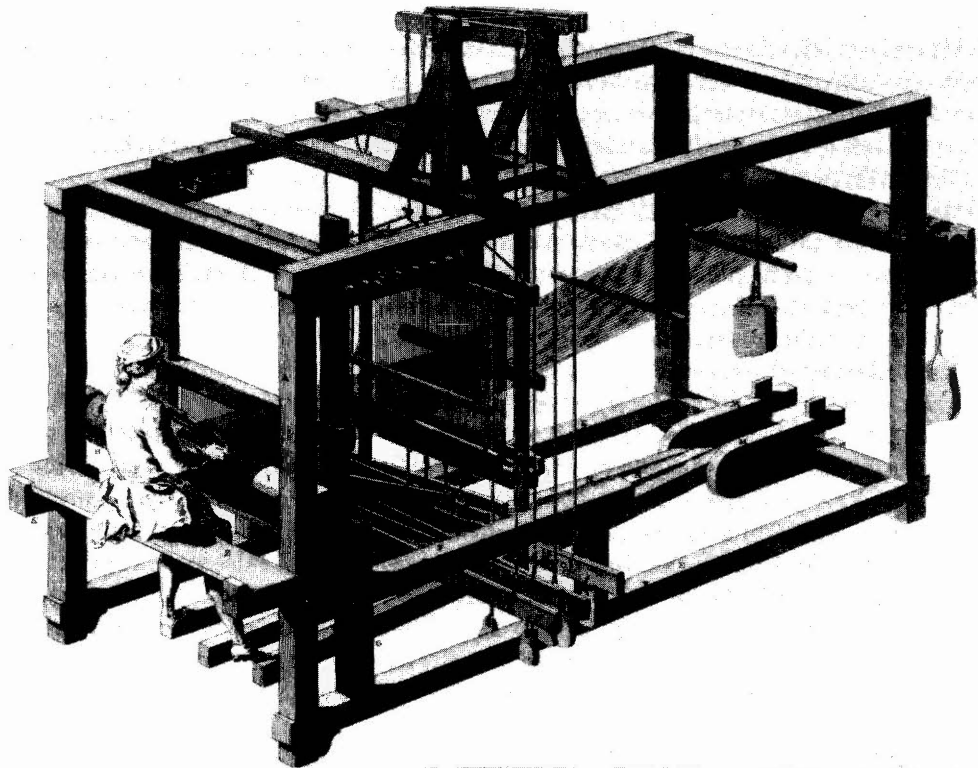
Ahora bien, el desplazamiento sugerido en la metáfora anterior, no elimina la persona, quizás por el contrario, la potencia, en tanto la destrona de los acartonados mitos de la plena conciencia y la plena responsabilidad concomitantes de la identidad-personaje. Se insinúa la posibilidad de tratar de pensar la unidad de la vida más que como modelo coherente, poderoso socialmente, ahistórico y abstracto, como

contingente, como abierto a ser afectado y disponible a reconocerse como un punto de cruce de múltiples historias; experimentar que el motivo mismo del actuar, sentir, desear y pensar no tiene inteligibilidad al margen de una narración, de un tejido de remisiones del cual finalmente no somos dueños ni fundamento sino resultante. Comprender una acción particular no es ya buscar

su ancla en una estructura de personalidad –identidad– sino mirar el acto singular en el contexto de una historia colectiva, comunitaria en la cual los agenciamientos individuales son solo fragmentos de una red de significaciones y cada hombre se hace en las historias de las que forma parte, en las narraciones que han sido y son afectadas por su presencia y a su vez le afectan sus lentes para mirar el mundo.

El punto central del desplazamiento es que las historias no se pueden argumentar, una vida no se legitima por consenso, a la luz de ninguna idea de humanidad a la cual más o menos se acerque; una vida sólo se puede conversar, poner en común una experiencia, una vivencia de la que puedo dar cuenta pero jamás podré fundamentar como modelo-personaje. Una conversación no es meramente una alternancia en ocupar la oreja del otro, tampoco es la situación ideal de habla en la cual se pretende el reconocimiento mutuo, el nosotros, el logro de acuerdo sobre la base de intereses generalizables; es más bien pieza dramática, teatro, una escenificación delante de otro, donde todos somos coautores en tanto fluye la empatía, la simpatía, la capacidad de ser afectado por la experiencia indirecta. Evidentemente, a la coherencia la desplazan los cambios de escenario, los climaxes, las digresiones, las zozobras, la finitud, características de toda transacción humana.

La forma narrativa no es simple decorado de la vida, es la forma del vivir, del sueño, la imaginación,



el recuerdo, la fe, la crítica, el aprendizaje y el amor; al actuar contamos historias que no son explicaciones sino puntuaciones, acentos de la realidad. En cada narración el agente es a su vez actor y autor en tanto cada drama limita los demás en el doble sentido de que le da curso y le pone coordenadas; así, cada acción es sólo momento de muchas historias, reales o posibles, que además no pueden chequearse en términos de verdad o falsedad en tanto no existe una naturaleza humana pura, previa a su "malformación" narrativa.

DE LA TEORIA A LA NARRACION

El problema del conocimiento tiene dos versiones. Para la primera, eminentemente ilustrada, pensar es representar para disponer; los supuestos a la base son tres: existe un mundo real que ES; conocerlo es captarlo y reproducirlo tal como es (teorías); la verdad existe en tanto está en el mundo real y descubrirla es tarea de la investigación científica.

La segunda entiende el conocer como un proceso de producción o construcción social, atravesado por la contingencia narrativa, por las puntuaciones convergentes de las comunidades científicas y profanas. Lo real no se niega, pero sí pierde el carácter de referente absoluto, se da dentro de un espacio infinito, abierto de posibilidades. Todo decir de él es metáfora, es perspectiva, frágil, falible.

Ahora bien, desde la primera versión, que hipotéticamente, afirmamos ha sido la dominante en el campo económico, se presume la posesión de un criterio que separe la opinión del conocimiento, la creencia de la teoría, la superstición del saber. La utilidad de tal criterio es la pretensión de pronunciar un discurso verdadero, una teoría que se aproxime cada vez con mayor precisión al *quid* de su campo de objetos y se avale en métodos suficientemente sólidos e intersubjetivamente aplicables, como garante de objetividad. La modernidad propone que la verdad no se descubre, se construye; sin embargo, la ciencia moderna se erige en su desarrollo contra ello, creando un paradigma sólido, modelo de toda actividad humana: el conocimiento como representación olvida su génesis humana, anclada en una voluntad de verdad, territorio del cual serán exilados la política y el arte, espacio desde entonces denominado irracional.

El saber económico autolegitimado como discurso verdadero está ligado a tres supuestos centrales cuyos efectos sociales es preciso poner en cuestión: a) El privilegio de la racionalidad económica, en tanto es en el espejo de la producción donde se ve reflejada de la mejor manera el metarrelato de identidad de una formación social, de una época. b) Ese espacio –lente privilegiado de acceso a la totalidad del mundo de la vida– es susceptible de ser conocido científicamente y por tanto controlado, organizado, planeado; del conocimiento derivan las políticas económicas, legitimada por una cultura de expertos cada vez más esotérica, abstracta e ininteligible para el lego que es afectado por ella. Es un saber cerrado en sí mismo, que sólo admite debate en su propio terreno, si bien su espacio de influencia toca lo más próximo a la experiencia de todos, el *oikos*, la casa, la forma de habitar el mundo. Cuanto más se especializa, más sofisticada su lenguaje, se torna más invulnerable al cuestionamiento acerca de sus fundamentos y sobre todo, elude en forma cada vez más eficaz la presencia de la opinión pública, de otras perspectivas en sus explicaciones y terapéuticas. c) Si el conocimiento económico es “adecuado” a lo que es la vida económica, ha de ser certero en la elaboración de políticas económicas, en la predicción y administración del futuro; se torna profético. Es decir, el meollo del mito está en la ilusión de gobernabilidad³.

El problema no es prioritariamente epistemológico; lo que está en juego es el devenir mismo de la

vida social y el lugar del saber en su construcción. Se trata de afrontar la cuestión sumamente grave por cierto de la cercanía del mito y la razón, quebrando así la pretensión ilustrada de su tajante separación. De fondo, ella se presenta ahora como un agenciamiento de poder, como el privilegio totalitario, dogmático y acríptico de una voz en el polifónico universo del pensar.

Ahora bien, desde la segunda versión del conocimiento, la narrativa, se abre un espacio en el que nadie es dueño de la verdad y todos tienen el derecho a ser comprendidos; es un campo imaginativo, un mundo frágil, al que corresponde un pensamiento débil, contingente, ajeno a la angustia del fundamento. Su posibilidad radica en diferenciar el mundo de las descripciones que hacemos de él; el primero es mudo, las segundas son las que admiten ser verdaderas o falsas, en tanto estos adjetivos son propiedades de los enunciados. Sin embargo, se requiere una precisión más: el lenguaje no toca lo real, no lo expresa, no mantiene ninguna relación intrínseca con las cosas y por supuesto, –como esperamos haya quedado claro al hablar de la primera metáfora– tampoco está anclado en una esencia humana, en una razón subjetiva y genérica a la vez, en tanto ella no existe; de nuevo, el lenguaje no es un instrumento de vinculación sujeto-objeto, no es representación, es contingencia, es sólo trasteo permanente, metáfora.

En este punto el trabajo de R. Rorty⁴ es definitivamente valioso, en tanto de la contingencia del sujeto y del lenguaje, desprende la de toda organización y normatividad social. En el fondo, lo que nos mantiene con la ilusión de la identidad no es otra cosa que la sedimentación histórica de formas de decir la experiencia; pero en rigor, nuevos lenguajes serían nuevas formas de ser humanos y por supuesto de realidad. Redescubrir las situaciones en forma diferente va creando nuevos patrones en los actos de habla, que a su vez generarán nuevas formas de comportamiento. Lo central es entender que no se trata de buscar un mejor argumento, una mayor precisión, sino apostar poéticamente nuevas relaciones, infinitas versiones, que nos saquen de la comprensión de la actividad del pensar como un hacer rompecabezas –con límites y fichas totalmente definidas– hacia una caja de herramientas, abierta al intento de hacer algo que antes no se había soñado.

Las teorías y el afán de encontrar modelos adecuados corresponden a una metáfora, la que da forma al ideal de la modernidad ilustrada: representar para disponer. La condición presente, evidencia la crisis de

3. Este concepto-eje del modo de proceder del discurso económico, así como puntual de su vulnerabilidad en un análisis más atento lo debo al Prof. Alejandro Sanz de Santamaría, quien en sus artículos y charlas ha iluminado en forma muy significativa el telón de fondo de este escrito. Cfr. Universidad de los Andes. Fac. de Administración. *Serie Monográfica No. 23*, abril/93.

4. Richard Rorty. *Contingency, Irony and Solidarity*. Cambridge University Press, 1991.

esta metáfora y el desencantamiento del mundo conduce a ver la totalidad de lo real como producto del tiempo y del azar; en este horizonte, la figura del pensador se acerca mucho a la del poeta, en tanto acepta el *pathos* de la finitud, reconoce que su metáfora siempre será idiosincrática, marginal, sólo chance, momento de múltiples redes incompletas de relaciones que continuamente habrán de ser retejidas. La asíntota, la comprensión de la comunidad como narrativa común cifrada más que en acuerdos argumentativos y discursivos, en lo que se llega a creer en encuentros libres y abiertos, siempre contingentes; la tradición de la conversación-palabra volátil, etérea, se abre paso en los intersticios de la tradición discursiva, palabra sólida, razón fundamentalista.

DE LA GUBERNABILIDAD A LA IRONIA

La tercera metáfora está íntimamente ligada con las dos anteriores en tanto detrás de la pretensión de identidad del yo –individuo y especie– se oculta el mito de la naturaleza humana, y tras el sueño del conocimiento como representación, el ideal de control y manipulación de toda contingencia. Vinculando las dos cuestiones, aparece el concepto de administración como ficción puente entre la esfera privada de autorrealización y la esfera pública, de justicia y normatividad.

El punto central está en retomar la idea de la que partimos: la modernidad convierte el mundo objetivo, subjetivo y social en terreno político, en campo de las deliberaciones con miras a la articulación de proyectos que respondan a la nueva pregunta: ¿qué queremos ser? y en qué condiciones lo podemos lograr. Es el paradigma de la autonomía, de la autolegislación, donde parece ser quedarán excluidas todas las relaciones sociales de manipulación, por cuanto se sustituye el control externo por el autocontrol; la razón produce el mundo y a su vez es tribunal que juzga la legitimidad de sus producciones. De manera que, una vez enunciado el proyecto humano, sus viabilidades, se deriva sin ninguna contradicción una política, una estrategia para llevarlo a feliz término.

Cuando afirmamos la preponderancia del personaje gerente en la galería de tipos de la cultura moderna, dimos la clave para entender por qué el discurso económico se ha tornado hegemónico en la autocomprensión que los hombres requieren de sí mismos y de su entorno para vivir. El hombre que se instala en los sistemas autónomos del mercado y la organización burocrática, cada vez se siente más lejano de la comprensión de su lógica autorregulada, que sin em-

bargo lo afecta directamente en la piel, se introduce en las dimensiones más íntimas de su actuación cotidiana. Es allí donde la vivencia de impotencia se transforma en necesidad de recurrir a la voz de los que saben, de los expertos en economía y administración, en tanto su saber se traduce inmediatamente en políticas, en formas de existencia inducidas como las legítimas, las verdaderas, las mejores.

El problema es que la relación experto-lego desde el comienzo es desigual, en tanto la vivencia, el nivel de afección, las consecuencias sentidas son silenciadas por la fuerza profética del saber que se ha tornado inescrutable y por ello invulnerable. El tipo de pensamiento que teoriza, que modela sobre la vida cotidiana se hace ciego para aprehender la experiencia de esa misma vida; la madeja de conceptos lógicamente articulados actúa como una red en la que se entrampa la posibilidad de ver de otra manera; la razón idolizada, el mito de la razón. Asimismo se genera el paternalismo totalitario frente al lego, inhabilitándolo para pensar, para ser interlocutor, para ampliar las dos perspectivas en una conversación abierta y tolerante. Es particularmente preocupante ver que el saber científico ha conquistado un poder social de tal magnitud que se hace necesario en todas las organizaciones públicas y privadas como criterio y fundamento en la toma de decisiones cuyo alcance en la vida de millones de seres es monstruoso.

El poder de pensar se ha concentrado en unos pocos y tal como lo expresa el profesor Sanz de Santamaría se ha liquidado la capacidad de la mayoría para enfrentar sus propios problemas; la paradoja está en que el ejercicio mítico de la gubernabilidad genera cada vez una mayor impotencia social. La calidad de la vida, el campo de la autorrealización poética así como de la empatía solidaria, la ampliación del sentir en un nosotros, empeoran tanto para ricos como para pobres.

Aquí la presencia de la contingencia se expresa en la autocomprensión de todo deseo, de toda creencia y de toda perspectiva como finita, incompleta, falible, sin fundamento, pero motor de una pasión, de un chance, en medio de la aplastante naturalidad con que se ha impuesto el pensamiento del fundamento.

Algunas pinceladas entorno a las condiciones que harían posible este desplazamiento serían: en primer lugar, la comunicación directa entre los afectados en lugar de la apelación a saberes míticos, en tanto así se pontenciaría la fuerza autogestionaria de las regiones, las comunidades, los gremios; en segundo lugar, el abandono de la idea de que la realidad ES y por tanto es cognoscible, requeriría profundas transformaciones en la educación en las ciencias economi-

cas y administrativas, centradas en recuperar otras voces de la razón, la poética, la intuición, la vivencia, la interlocución; en tercer lugar, atrevemos a pensar en serio si es la ciencia económica y sus políticas la que ha producido el desarrollo social o si más bien éste es resultado de las acciones contingentes de los hombres directamente involucrados en las actividades cotidianas de producción, distribución, circulación y consumo de bienes y servicios. En esta línea hay investigaciones que aportan argumentos interesantes por lo menos: lo que nos oprime no es el poder sino la impotencia, la incapacidad de control, es decir, el efecto de la administración es asistemático porque cuando se consiguen los efectos deseados cabe la sospecha de si fue por eficacia o por la conjunción de múltiples contingencias no pensadas.

Para terminar, la sugerencia es colarse en la pregunta de la modernidad de cómo pensar la época, pero en sus intersticios, desplazándola hasta una dinámica ajena al fundamentalismo y al mito del saber pleno; girar de teorías totalizantes y universales a comprensiones parciales y contextuales, de investigaciones duras al compromiso a mirar y sensibilizarse a otras perspectivas, de la razón argumentativa a la fuerza de la conversación ψ